

UN REPORTAJE

El fascismo alemán se elaboró en torno a un tópico: la raza. El tópico ha sido quintuplicado en esta fórmula: raza aria. Sólo sus descendientes pueden llamarse ciudadanos con plenitud de derechos. Más una condición: devoción incondicional por el «Führer».

La eliminación radical de las otras razas constituye para el «nazismo» labor primordial. De entre todas ha conseguido la palma del mártir la raza judía. El antisemitismo fué desde el primer instante una bandera. Y hoy todas las corrientes de tipo fascista del mundo la tienen en su declaración de principios como algo sagrado e intangible.

Hombres de ciencia, escritores, artistas por cuyas venas circulaba la sangre israelita hubieron de emigrar del territorio germano antes de que los racistas «nazis» les aplicaran sus procedimientos de persuasión.

La corriente racista, columna vertebral del fascismo germano, ha elevado al séptimo cielo una frase que desde el punto de vista de la antropología científica carece de valor. La «raza aria» no corresponde a nada preciso. Es un término vago que comprende el conjunto de razas de la Europa media. Sin embargo, nadie puede llamarse alemán en Alemania si antes no justifica su descendencia en sentido genético.

Alguien apuntó no ha mucho tiempo la idea de que Hitler... era judío. El partido nacional-socialista recogió la blasfemia y anunció la próxima publicación de documentos sobre los orígenes de la familia Hitler. Ha pasado el tiempo y no ha aportado nada. En tanto se esperaba la anunciada «publicación de documentos».

un judío polaco llamado Moisés Hitler solicitó se le cambiara el nombre, pues no quería llamarse igual que el... perseguidor de su raza. Luego se hicieron in-



vestigaciones con el resultado que se apetecía.

La antigua familia judía Hitler es originaria de Polonia, población situada en la frontera polono-rusa. Residía allí, según los archivos locales, desde 1681. Se llamaba antes Friesch. El 23 de julio de 1781 Abraham Friesch tomó en una patente oficial que existe todavía el nombre de Friedemann Hitler. Componían esta familia, en aquella época, dieciséis miembros. Abraham Hitler era el mercader más importante de la población. Todavía existen los documentos comprobantes relativos a los negocios.

Por lo que se refiere al nombre, en los diferentes documentos se encuentran las ortografías de Hitler, Hitter y Huter.

El hijo de Abraham Hitler, Leopold, emigró a Viena donde se hizo bautizar tomando el nombre de Ignacio. El acta auténtica del desplazamiento y bautismo de Leopold Hitler, de Polonia a Viena, firmada por el burgo-maestre, ha sido copiada sobre

el original y la copia legalizada ha sido expedida a la Jewish Agency, de Londres. La comunidad judía de Polonia posee los documentos siguientes relativos a la familia Hitler:

Actas de nacimiento de Micael Hitler, 19 de enero de 1800, hijo de Friedemann y de Bárbara.

Esther Hitler, 12 de marzo de 1804, hija de Friedemann.

Herz Hitler, 29 de noviembre de 1806, hijo de Friedemann.

Karl Hitler, 18 de septiembre de 1812, hijo de Abraham y de Raquel.

Julia Hitler, 19 de marzo de 1814, hija de Abraham y de Raquel.

Leopold Hitler, 28 de marzo de 1816, hijo de Abraham y de Raquel. (Es el Hitler bautizado.)

Franz Hitler, 29 de abril de 1819, hijo de Abraham y de Raquel.

Wilhelm Hitler, 16 de abril de 1821, hijo de Abraham y de Raquel.

Klara Hitler, 11 de octubre de 1821, hija de Jacob y Elisabeth.

Amalia Hitler, 21 de julio de 1827, hija de Abraham y de Raquel.

Los archivos de Polonia establecen que la familia Hitler tuvo residentes allí hasta 1844, en que emigró a Austria.

Todo el mundo sabe que el «Führer» alemán es austriaco. Y que en la capital de Austria vive una hermana suya en una humilde buhardilla, que por temor a su hermano no recibe a periodistas alguno ni habla con nadie. Se halla sometida a vigilancia especial.

A Hitler le sucede igual que a Dusterberg, el cual no quería saber que su abuelo desempeñaba funciones de jefe y rabino de una comunidad israelita.

TORYHO

ciencia tradicional, se ha devastado todo, sin que nadie se preocupe de repoblarlo. Hay que hacer observar de paso que Murcia tiene las tierras más fértiles de Europa. Un geógrafo francés ha hecho investigaciones al respecto y ha comprobado un rendimiento por hectárea hasta de 12.000 pesetas. Pero es sólo donde hay regadío, como en la huerta murciana.

MÁS CALAMIDADES

El drama humano del Sureste de España es conocido. Se habla de él en el Parlamento en medio de la desprecupación de los diputados y de los Gobiernos, en la Prensa, en los Municipios. Pero nadie acude a poner el remedio que es factible. Los desiertos del Sureste se despueblan, su población cae en la demutrición y en las enfermedades. Pero son pocos los que quieren darse por enterados. Se han construido algunos pantanos, el de Lorca, el de Almería. Pero en lugar de aportar bienestar, aumentan la tragedia. El agua no se distribuye como en Valencia, en comunidad. El agua de Lorca y de Almería es propiedad privada, se saca a pública subasta. En los períodos de más escasez cuando más hay que pagar por ella. Y el que no puede pagarla, ve malograrse sus siembras y perder sin remisión el fruto de su trabajo. La falta de agua está ligada en el Su-



reste estrechamente al problema social y humano. Todos los conflictos tienen en el agua su origen. Se han producido huelgas, luchas, enconadas, violencias, todo por el agua.

Es proverbial también que aquella zona es zona de enfermedades, del tracoma, por ejemplo. Y completan el cuadro la ignorancia, la miseria general, la falta de comunicaciones.

Así se da el caso que Lorca tenía en el año 1910, 76.000 habitantes, y en 1931 había bajado a 43.000. La gente huye en todas direcciones como se huye de la muerte.

El Estado se ocupa de la tragedia del Sureste? Hay que añadir a la falta de agua, a la falta de comunicaciones, a la ignorancia, a las enfermedades, la plaga del fisco. Se cobran los mismos impuestos que antes, a pesar de haberse reducido la población en un 50 por ciento y de haberse restringido la producción en un 25 por ciento. Y la intervención política generosa da resultados como estos: Una cesta de uvas de Almería cuesta, puesta en Londres, 5 pesetas; pero puesta en Madrid llega a 12 pesetas.

Un ejemplo típico: Alhama es un pueblo que asiste a su propio entierro. Produce hace veinte años 400.000 barriles de uvas; ahora apenas se exportan 100.000. Pero los impuestos alivian la situación de esta manera:

En 1922 se pagaban 13.000 pesetas por rústica.

En 1932 se pagaban 35.000 pesetas por rústica.

La población era en 1903 de 10.000 almas; en 1931 había caído a 4.000. Y lo ocurrido en Alhama la Secca pasa en toda Almería, en todo Alicante, en casi toda Murcia. Los pueblos emigran, la falta de agua hace de aquella zona un desierto; la ignorancia, las enfermedades, la falta de comunicaciones, el mal régimen de aguas, las exacciones del fisco, todo se une para diezmar una población, para enmarcar un drama espantoso, el de una gran región que asiste a su entierro, en medio de la indiferencia de cuantos, aunque poco, podrían hacer algo por aliviar la vida.

F. A. I.

COMITE DE RELACIONES DE LA REGION ANDALUZA

Se encarece a los Grupos, Federaciones locales y comarcales de la Regional de Andalucía y Extremadura que concurran en el plazo más breve posible a la circular referendument que se les ha cursado últimamente.

COMITÉ DE RELACIONES

MEDITANDO

Con una gran angustia me pongo a meditar sobre la humanidad y el curso de sus civilizaciones. El hombre avanza constantemente en el dominio de la ciencia y de una manera prodigiosa, pero sigue siendo inhumano, cruel y dominador. Antigamente un señor disponía de vidas y bienes a su capricho, pero era más excusable que los señores que hoy día hacen lo mismo, si bien en forma más solapada; aquellos hombres obedecían más a sus instintos y pasiones que a la razón y la bondad, exactamente como en la actualidad; pero entonces existía un misticismo religioso, fantástico y supersticioso que desviaba al hombre de la realidad de la vida para sumirlo en la más grande ignorancia y avasallamiento, al mismo tiempo que daba poderes ilimitados al señor que le hacía brutal y despiadado. Además existían otras costumbres y principios, las castas diferentes de nobles ricos y plebe miserable eran entonces mucho más marcadas. Se consideraba al pobre de una especie inferior, algo así como un animal, de modo que el señor que se consideraba con privilegios divinos, podía impunemente cometer toda clase de crímenes. Además, en caso de arrepentimiento, al fin de sus vidas, se encerraban en un convento, hacían penitencia y en muchos casos eran después santificados.

Bien, nos horripilan tantas aberraciones, tantos siglos de dolor y sufrimientos; pero no en vano infinidad de hombres han bregado por el bien de la humanidad, muriendo en luchas cruentas o pudriéndose con vida en las prisiones, logrando al fin establecer que todos somos hermanos y que todos tenemos el mismo derecho a la vida y al respeto mutuo. Los señores de hoy día lo saben y aceptan en principio; pero en el fondo añoran épocas de barbarie en que podían proceder sin obstáculos el trabajador ha conseguido mucho; no podemos decir que un pobre sea hoy lo que antaño; en Francia todos los edificios públicos ostentan en el frontispicio estas palabras: «Libertad, igualdad y fraternidad», pero a pesar de que ya no hay ninguna duda respecto a la injusticia que la clase pudiente ha cometido hasta el presente, por su bajo egoísmo se obstina en mantenerlo, haciendo que, desgraciadamente, para todo el mundo, la mayor parte de las mejoras conseguidas, no sean todavía más que teorías que subsiste el amo y señor que, si no por derecho divino, por el dinero y la autoridad del Estado, dispone y aniquila a su antojo de las vidas de sus semejantes. Esta injusticia, esta diferencia de clases continuadas contra toda razón, resulta

inconcebible en nuestra época. Muchos somos los que exclamamos desesperadamente: «¿Dónde está la civilización?» Después de una guerra feroz en que fueron sacrificados veinte millones de seres humanos, quemados y destruidos pueblos y ciudades, devastado regiones enteras, todos se preparan nuevamente para otra hecatombe. Francia, Alemania, Inglaterra e Italia están a la cabeza de la civilización. Sin embargo, son ellas los principales factores de nuevas guerras. ¡Mentira, pues!, grito con todas mis fuerzas. ¡No estén a la cabeza de la civilización, sino a la de la barbarie más crasa!

¡Qué horrible pesadilla vemos si tratamos de sondear con nuestra mente el pasado de los pueblos! ¿No se habrá equivocado la humanidad? Da escalofríos pensarlos; sin embargo, yo creo que el hombre era mejor en su origen y es precisamente la civilización la que lo hace malo, porque en ella predomina la lucha por intereses materiales. El hombre no ha progresado nada espiritualmente; en apariencia todo es altruismo y libertades, pero en el fondo, el hombre es esclavo aun de su instinto y de su incomprensión. El caso de quien protesta contra la injusticia y la opresión y luego castiga sus hijos y linaje a su compañera, es casi general, como los que maldicen a los ricos por su avaricia y sólo en casos muy raros son capaces de socorrer un semejante; en cambio, considerad el hombre de la montaña o el indígena de América, cualquier hombre que no esté contaminado por el afán de dominio o riqueza; os recibirán fraternalmente y en sus charcas encontraréis siempre amistad y generosidad; en cambio, el hombre de la ciudad cuanto más civilizado, más desconfiado y mezquino.

Hay, pues, que hacer un alto en la historia de los pueblos. El hombre por su inteligencia y su voluntad de trabajo, ha dominado casi la Naturaleza y dejado la ciencia sin secretos. Basta de adelantos, no más velocidades y prodigios de maquinaria y aparatos! Que el hombre trate ahora de llevar a la misma altura su espíritu y su corazón, pues este equilibrio le es fatal; todo lo que haya creado e inventado, si está guiado, como actualmente pasa, por malos sentimientos, servirá para su desgracia y exterminio; en cambio, si mismo, pero guiado por buenos sentimientos, será su felicidad.

Sólo el ideal anarquista puede encaminar a la humanidad por un camino mejor. Aprovechando los progresos materiales, sabrá enseñar al hombre que sin amor la vida no es posible.

G. COCHET

La España del Sureste: La miseria dramática de una región

En el Colegio libre de Estudios contemporáneos ha dado el viernes pasado una Conferencia extraordinariamente medulosa el profesor Gonzalo Reparaz (hijo). Un público numeroso siguió a la conferencia con la más grande atención. Se trataba sobre todo de dejar hablar a los hechos, de desviarse de las flores retóricas y de presentar materiales de juicio, observaciones, estudios, constataciones.

GEOGRAFÍA Y POLÍTICA

La España del Sureste, Alicante hasta Sierra Nevada, Murcia, Alicante, es una zona que agoniza en la más dramática de las agonías. Sobre todo por obra de la Naturaleza, aun cuando la mano del hombre podría intervenir por algo. Llueve muy poco, y en los últimos tiempos menos que antes. La falta de estaciones meteorológicas ha mantenido hasta hace poco la ignorancia sobre la magnitud del problema de la España del Sureste. En general el español es poco afecto a las cosas concretas, a las observaciones científicas; se contenta con facilidad con el poco más o menos, con una burda aproximación a la verdad. En eso se parece al chino, que no gusta de las estaciones meteorológicas.

Y esa psicología no es propia sólo de las clases populares; también en los ambientes de las llamadas clases superiores ocurre lo mismo. No hace mucho se ha debatido en torno a una llamada ley de términos municipales, una aberración que manifiesta un absoluto desconocimiento de la geografía y de la realidad española. El español fué siempre nómada, es decir, ha emigrado en todos los tiempos desde su hogar a los focos transitorios de trabajo, por ejemplo, la siega de los cereales, la cosecha de la oliva. La ley de términos municipales pretendía suprimir ese hecho histórico. Los políticos no conocen la geografía, y ese desconocimiento explica el apasionamiento con que se ha defendido en el Parlamento y en una parte de la Prensa la ley mencionada. Impedir o poner trabas al traslado de la población hacia los lugares de trabajo fuera de sus límites municipales es un desatino.

Un estudio de la geografía, de los datos geográficos es indispensable para el estudio de los fenómenos sociales. No hay doctrina social o política sólida si no tiene una base en los hechos concretos.

EL AGUA EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS

Para vivir hace falta agua al individuo y a los pueblos; hace falta también un clima templado. Donde llueve bastante y se disfruta de un clima templado el hombre pulula, se desarrolla la civilización, prospera la vida. Si falta uno de esos factores, el hombre no encuentra condiciones favorables y emigra o sucumbe. Es verdad que no se pueden inventar nubes, que no se puede hacer llover en las zonas de sequía permanente; al menos hoy los técnicos parecen más interesados en fabricar explosivos que en fabricar nubes, en llevar la humedad artificial a las regiones donde falta el agua. Un día tal vez pueda hacerse, hoy todavía no.

El norte de España es más abundante en lluvias; de ahí su población más densa; a partir de las estribaciones de las serranías pirenaicas, hacia el Sur, comienza la aridez; la lluvia es más escasa, y por tanto es menor densa la población. La estepe no es propiamente un desierto; es una región donde el agua escasea, donde llueve muy poco. Buena parte de España es esteparia. Pero cuando por algún procedimiento se logra regar la estepa, como en Aragón, se obtienen territorios fértilísimos.

EL SURESTE ESPAÑOL

El Sureste español, las puertitas de Alicante hasta Sierra Nevada, Almería, Murcia, es de una aridez trágica. Es la zona menos lluviosa de toda Europa. Antes se creía que la zona más árida de Europa era el SE. ruso, la desembocadura del Volga en el mar Caspio, Astrakán. Esa zona cerealista, rusa es esteparia. Llueve muy poco. Los años de gran sequía son años de hambre segura.

El SE. de España es más árido todavía. Se ha comprobado hace pocos años, pues la ausencia de estaciones meteorológicas, de datos concretos mantenía una feliz ignorancia. Pero, se ha comenzado a conocer algo.

Contra lo que se supone por las gentes, en la costa del Sureste de España llueve menos que en la costa africana del Norte. He aquí algunos datos que hablan por sí solos:

En Melilla llueve por término medio 464 mm. al año.

En Almería llueve por término medio 170 mm. al año.

En Orán llueve 576 mm.

En el Cabo de Gata 103 mm.

Eso dice bien que la costa española es mucho más árida que la costa africana. Para que se tenga una base de comparación, hay que saber que en Barcelona la lluvia es de 550 mm. Y con esa cantidad se cubren sólo precariamente las necesidades de los cultivos de secano. Las huertas necesitan además riegos especiales. Póngase frente a frente la cantidad de lluvia anual de Barcelona con la de Almería o Alicante. Sin contar que como la parte sur es más calurosa, la evaporación es mayor y la necesidad del agua por tanto más intensa.

En Valencia llueve 470 mm.; en Alicante, 300; en Murcia y Almería de 170 a 103 milímetros.

Llueve en Cabo de Gata la quinta parte sólo que en Barcelona. Eso dice bastante.

Además la distribución de las lluvias es muy irregular. En 1922 no llovió de marzo a diciembre. En 1921 no llovió en enero, junio, agosto y octubre.

Y para aumentar la tragedia, cuando llueve lo hace torrencialmente, arrasando las tierras de cultivo. Son además frecuentes las inundaciones, de las que se recuerdan por las catástrofes que produjeron las de 1691, las de 1876, de 1887, de 1918, etc., etc. En 1884 el Segura subió dieciséis metros sobre su nivel normal. En el Sureste no hay árboles, no hay bosques. Precisamente en esa zona, donde tanta falta hacen los bosques, por lo que podrían conservar la humedad de la tierra, el odio al árbol ha tenido resultados horripilantes. Con una incons-